

Augusto d'Halmar

## Misa de Requiem

### I

#### EL CATAFALCO



L anochecer lluvioso, el campanero comenzó a doblar las campanas y el sacristán franqueó la puerta lateral, (el pórtico del centro no se abría sino los días festivos, cuando repicaban fuerte, o para las exequias de primera clase), a fin de que tuviera acceso el reducido cortejo y dejaran velándose en su parroquia al cadáver. El catafalco lo aguardaba, con todos los cirios encendidos ya; lo único que no necesita saberse es que iban a ser apagados apenas los dolientes volvieran las espaldas y tornaran a quedarse vacías las tres naves de los Doce Apóstoles. Pero en la central, pendía de la bóveda la veladora del santuario y su perenne lucecita ubicaba el ataúd entre las colgaduras del luto y las de la sombra.

Uno a uno, después de arrimado cada cual sus propias ofrendas florales, fueron escurriéndose afuera los deudos. Los dobles habían ido escamando con la llovizna, porque dependían también de la categoría del

funeral; pero no hay para qué darse cuenta de esos regateos. Desvivióse la familia y se empeñó dentro de sus medios, en hacer lo mejor posible las cosas y nada más podía envidiar para su muerto.

La muerta, porque era una mujer sumamente joven, tampoco hubiera podido desear nada mejor: De la cama de matrimonio, donde veló dos años al crío, ahora sin madre, había pasado a la sala común de un hospital y hacía en el templo su estación de noche, antes de entrar en la eterna y dormir en el último lecho. Por lo demás, todos se valían, ni más ni menos duros para sus huesos.

Al ir a sofocar la postrera vela, uno de los dos monaguillos, más novedoso por más novato, se encaramó en la tarima del catafalco y, por la mirilla del féretro, quiso sorprender a la durmiente. Su vista lo dejó casi tan pálido y, encasquetando desolado el apagador, escapó a la sacristía para desvestirse.

Su hermano Cosme, que lo precedía, le amonestó, por más aguerrido:

—Todos los fiambres se parecen. Damián, ya te acostumbrarás, y no vale la pena desvariar con ellos.

## II

### LOS MONAGUILLOS

Los gemelos Cosme y Damián, desde luego de la parroquia, sin embargo, no habitaban la casa parroquial, sino esos cerros que crucificaban Valparaíso del lado

del Barón, como los del otro costado los de Playa Ancha. Los dos chicos, lo eran de estatura, pero recios, sobre todo de corvas, lo cual caracteriza a esos incansables exploradores de una ciudad localizada casi toda en alturas. Se descende al «plan» para el ajetreo diurno y hasta el mar para la conscripción naval y la vida marítima. Y entonces se suele no volver sino a los camposantos, todos encumbrados más allá de las constelaciones de luminarias de la población y más acá de las del firmamento.

Cuando hubieron repechado y trepado hasta su nido, al ponerse a comer en familia en la cocina, contaron como cada día sus quehaceres, y la madre trató de son-sacarles quién sería la finada. ¿Se llamaba Fidelia Soto? Entonces la recordó. Debía de andar en los veintiún años. Vivía en la otra ladera, cerca de los Placeres. Fué bastante agraciada, sobre todo a los quince. Tuvo no sé qué devaneos. Después casó con otro convecino, de la Maestranza de la Armada, más o menos de su edad y criados casi juntos. La pobre no anduvo nunca bien de los bronquios, como su madre; pero no la había defendido la maternidad, como a ella, y dejaba huérfana una hijita que había de llamarse Marcelina, o cosa así. ¡Y ya era llevarle el padrón a barrios tan extensos como esos!

Cosme se adormilaba en la mesa. Damián, en cambio, oía desvelado y acudíale a las mientes ese rostro blanco, tras el empañoso cristal. ¡Un ventanillo por donde se atisba lo que nadie debía ver ya!

—Pero si tú la conociste, Damián, yendo conmigo, un día que nos detuvieron en el Pasaje Quillota. ¿No recuerdas una niña de colorado, con una muñeca rubia y casi tan grande? Eran ellas mismas, no hacen seis meses.

Damián se fué a la cama. La compartía con Cosme, del lado de la pared, porque siempre lo aquejó el insomnio o el mal dormir y solía caerse. Cerró los ojos sin que el sueño acudiese a pegárselos. Pasábanle y repasábanle mil imágenes. Y sintiendo roncar a su hermano, comprendió mejor lo que éste le previniera esa noche, acerca de los difuntos y las pesadillas.

Y tuvo una. Estaban en los Doce Apóstoles, más vasto y más obscuro, y alguien jugaba al escondite con él; mas nunca lograba saber quién era.

Se despabiló casi y quedóse escuchando despavorido. La lluvia arreciaba contra los techos y las paredes de calamina. Y al amodorrarse nuevamente, comprendió que quién se ocultaba así tras las cuatro esquinas del catafalco, era alguien vestido de rojo, llevando a cuesta una descomunal muñeca rubia, pálida como la muerte al amanecer.

### III

#### EL PARROCO DE LOS DOCE APOSTOLES

El cura de la parroquia ocupa, pared por medio de la iglesia, una vivienda glacial a su sombra. No vale más que cualquier celda, el dormitorio y el pequeño

refectorio desanima por lo desmantelado. Es cierto que no es ninguna ama canónica la que hace el aseo y se ocupa de la cocina, sino el propio sacristán, de sexo y edad indefinidos. Cuando concluye de armar el desayuno para después de misa, se rasura, tan mal que bien y, con una sotana casi siempre desmadrada y un roquete casi nunca almidonado, pasa a los menesteres del culto.

En tanto el sacerdote se afeita a su vez, con la luz encendida, él va a ver «qué tal anda el muerto» y le prende cuatro velones, por el qué dirán, mientras los acólitos llegan a encender los restantes. Piensa en la propina de los parientes y se propone pasarles el platicillo durante la ceremonia.

El cura ha insertado en su breviario el nombre de la interfecta, pues hay que latinizarlo en los responso-rios, a fin de que lo anoten a su turno en la eternidad. *Fidelia*, felizmente, se presta para ser traducido ad litteram. Lo que el cura deplora es haberse recogido y levantado catarroso. Le place el canto llano; se complace en él; y en su pugna gregoriana con el sochantre, desde el altar mayor hasta el coro alto, no saca la peor parte, siempre que se halle en voz. Pero hoy amaneció ronco y la sola precaución que toma es no fumar el consabido cigarrillo, pecatta minuta de sus ayunos antes de decir misa.

Entonces el cura párroco se va a rezar sus maitines a la sacristía, distrayéndolo a pesar suyo sus ocupaciones caseras. Esa semana no han traído el vino ni el

aceite para el servicio divino. Tampoco está seguro si el organista pasaría o no la víspera a recoger la orden de ese requiem. Suele achisparse, enfermar y no atender a su obligación, o hacerlo en mala forma. Es cierto que madrugó el campanero, porque ése se acuesta con las gallinas y se levanta con los gallos. En cambio, no han venido aún los gemelos, ni su madre devolvió planchados los manteles del altar y los corporales.

Yérguese de pronto del reclinatorio, incapaz de mantenerse abstraído y postrado. Requiem aeternam dona eis Domine! entona en vías de ensayar y despejar la garganta. Y cambiando aquel tono nasal, canturrea él mismo en sordina: *Et lux perpetua luceat ei*. Algo se le ha aclarado la voz, sobre todo, casi no se resiente... «Ni se siente», añade para su colete eclesiástico, moñándose de su propio optimismo.

## IV

### DANIELI, ORGANISTA-SOCHANTRE

Danieli empezó, siendo Daniel a secas, por ayudar misa en los Salesianos, para ingresar luego a los niños de coro o, mejor, al coro de los niños y poco a poco irse formando, primero como corista y, después, por la necesidad de acompañarse y la economía y seguridad de poder hacerlo él mismo, como tocador de armonio y hasta de órgano. Los registros de aquella endiablada combinación de tubos y fuelles, fueron cayendo ba-

ria, aunque intimidado por la persistente mirada de la madre de Fidelia, la abuela de Marcelina.

Entonces coincidieron frente a frente con el marido, y el amante lo reconoció.

Pero el viudo, como siempre, no podía conocer a ese desconocido...

Valparaíso, del 4 al 6 de octubre de 1944.

y lo pusieron, como él decía, «en tesitura». «Un artista—solía decir también Danieli—no bebe por emborracharse, sino para confortarse, y lo que podía ser vicio en otros, en él pasa a ser estímulo». Pero esta estética teoría, no impidió que su nariz fuera coloreándose como la de un alcohólico cualquiera y que las graves notas del facistol, se modularan y emitieran en un tufó.

Menos mal que en esas alturas del coro, el organista-sochantre era dueño y señor. Apenas si un timbre discretamente tocado desde el presbiterio, le indicaba a tiempo las aleluyas y los «et cum spiritu tuo», ampliados por la acústica del ámbito.

## V

### LA BEATA SOLTERONA

Todavía estaba obscuro, cuando la rancia señorita ñoña y gazmoña, sin transición pasó de sus sueños sin pies ni cabeza, a las menudencias sin razón ni motivo de su vida ordinaria. Mecánicamente se le organizaba ésta, pues ella por su parte, no tenía obligaciones ni pasatiempos que cumplir. Vivía sola, pero en una casa de familia, y el montepío de su padre le alcanzaba para todo.

Ese amplio Todo, reducíase a un cuartito modesto con pensión, en un edificio próximo a la parroquia, donde la beata se trasladaba sin desayunar, para acercarse

a diario a la Santa Mesa. Salía, verano o invierno, vestida con su promesa franciscana, su rosario de concheperla y su devocionario con tapas de terciopelo y broches de plata, y no volvía ya hasta el almuerzo. Por la tarde, si no había Mes de María, ni novenario, ni trisagio, ni Jubileo Circulante, ni Adoración Perpetua, ni junta de damas patronesas, ni ningún arreglo que hacer en los ornamentos de los Doce Apóstoles, iba a distintos curatos o conventos de frailes o de monjas, donde otras siervas del Señor, como ella, hacíanse confianzas y llevaban y traían estampitas, medallas, escapularios, mandas, recados y chismes. Se hablaba con descocado recato del padre tal en el confesionario, y del predicador cual en el púlpito. Surgían veleidades, envidias, celos y enredos. Y así como en las subastas públicas se reúnen los mismos postores, en todas las ceremonias religiosas, tácitamente se daban cita las mismas impostoras, babeando las manos de los tonsurados y las reputaciones ajenas.

Apenas empezaban a tañer ya las campanas de los Doce Apóstoles, para la primera seña, cuando, cerrando su paraguas a la entrada, se cruzó con un joven desconocido, que trataba de disimular un ramo de flores finas. Sabía la beata, lo de la misa fúnebre, desde la noche antes, por hallarse en la iglesia todavía, cuando trajeron el cadáver. Hasta le había mirado la cara y se había informado de quién era y de dónde y, hasta donde pudo, de su vida y milagros. Claro que resul-

taban más obscuras esas existencias humildes, y también menos interesantes. Con todo, observó que el desconocido no parecía hombre del pueblo, ni vecino del barrio y no sólo se anticipaba a los dolientes, sino que furtivamente depuso sus flores en el ataúd, volviendo la cabeza, y en vez de situarse en la nave central, ocupó un reclinatorio aislado detrás de una columna, desde donde podía ver sin ser visto.

La familia llegó en un solo grupo. Aquella anciana; era seguramente la madre; esa otra, más joven, la suegra, y el suegro aquel buen hombre lloriqueón y aspa-ventero; pero quienes pasaron sin quererlo a primer término, fueron dos jóvenes rigurosamente vestidos de negro: uno, casi niño, podía ser hermano y tenía enrojecidos los ojos; el otro, demacrado por la vigilia y con olor en las ropas a cloroformo, a alcohol y a valeriana, debía ser el viudo.

La solterona devota no le quitaba ojo al desconocido, sin descuidarse por eso de atisbar a los demás. ¡Con lo que a ella le llenaba una misa de difuntos! ¡Casi tanto como una boda rumbosa! Precisamente en ese momento crujieron, so el peso del sochantre, los peldaños de la escalerilla de caracol que conduce al coro y, a la par, salió el sacristán de la sacristía. Sonaba la segunda seña y la alterna disonancia del bordón y la esquila y su plañidero conjunto discordante, crispaban los nervios y ponían espanto en el alma.

## VI

## MARCELO

El joven, por su parte, estaba atento a cuanto le rodeaba y, aunque parezca contradictorio, profundamente ensimismado.

Había acabado sus estudios hacía tres años, justamente por la época que ella casó, y como la guiso más de lo que creyera él mismo, esa boda, que fué para ella una última renunciación, para él fué la mayor de sus desilusiones.

No porque pensara ni pudiera esposarla, por las desigualdades y los prejuicios sociales; pero se habían querido con embeleso, en la flor de sus años, cuando él cumplía los veinte y ella recién los quince y hasta parecía broma tomárselos en serio. Aquello duró tanto cuanto tardaron los extraños en enterarse y entrometerse. Se confabularon contra ellos las dos familias, con todas las preocupaciones de clase, por ambos lados, y sus incompatibilidades de educación. La carrera de Marcelo peligraba; habíase convertido en un martirio la existencia de Fidelia. ¡Qué nombre predestinado el suyo! Y sobrevino, sin darse ellos mismos cuenta, un distanciamiento sin ruptura. Ella contrajo matrimonio con alguno de sus allegados y él siguió estudiando hasta recibirse de médico.

Supo después, porque sin quererlo atendía a su suerte, había dado a luz una niña, y lo conmovió co-

mo una declaración sin esperanza, que hubiera tenido el valor de ponerle su nombre de pila. Es cierto que ese nombre Marcelo, proverbialmente auspiciario «¡Tu Marcellus eris!», en género masculino, en femenino decaía hasta parecer de una lavanderita. Marcelina se llamó la hija de ella y... del otro. Buscaba él con los ojos ahora y se alegró de no verla, de que no la hubieran querido traer a esa lúgubre Misa de Animas y ánimos en pena.

Tres años como nada, durante los cuales la tisis del cuerpo y del alma, había ido minándola, pese a su ternura por su hijita y a su gratitud por el pobre padre. Y también trató de distinguir entre la concurrencia a su ignorado rival, tan ajeno a serlo.

Debía ser, pensó como la beata, aquel mismo joven agobiado por la viudez prematura y la orfandad filial; pero ni una sola vez pudo encontrar su mirada perdida en sabe Dios qué recuerdos.

Esos seres simples, (se trataba, lo sabía, de un mecánico de la Armada), sufrían sin sentir y, por lo mismo, como se debe, ya que los sentimientos no razonados son los verdaderos. El, en cambio, hacía de su dolor un poco de teatro o de novela. Lo atestiguaba el hecho mismo de hallarse ahí, a la vez como un profano y un espía; sin embargo, comprendía Marcelo que no le habría sido dable escamotear este primero y último capítulo de su juventud. Le habría sido imposible no tomar parte en su humilde desenlace, aunque fuera desde lejos y en la sombra.

Un colega del Hospital de Tuberculosos, le había mentado aquella enferma para consultarle su caso complicado con algo cardíaco. Hubiera querido verla sin dejarse ver, a fin de no impresionarla. Cuando buscaba modo de hacerlo, se precipitó la solución. Y un aviso en un diario lo hizo acudir a los funerales, en esa apartada parroquia y esa mañana incierta hasta parecer irreal. ¡Ah, entre aquellas flores de pobre, estaban anónimas las suyas, puestas sobre el ataúd mismo, como súplica de último perdón!

## VII

### LA MISA DE REQUIEM Y LOS RESPONSORIOS

Salieron delante los dos monaguillos, idénticos como genio y figura, de obscura sotana y sobrepelliz albo. Tras ellos, ostentando la prestancia de su porte, de su cabeza cana y sus paramentos también de duelo, recamados de plata, venía lentamente el ministro del Señor y entre las manos portaba el cáliz recubierto de un paño de veludillo negro con cruz y galones blancos.

Hubo a su espalda cierto remover de bancos y sillas y cierto anhelar de pechos. Las primeras palabras de la misa, las dijo el celebrante profundamente inclinado y antes de poner todavía el pie en la primera de las tres gradas del altar mayor: «Introito ad altare Dei». Y así en alto y sin flores pero con los seis blandones encendidos y al centro el crucifijo sobre el ta-

bernáculo; rematado por una especie de dosel donde aparecían doce imágenes en bulto de los apóstoles, encubierta la del núcleo, seguramente la de Cristo, por una colgadura de luto; era un grandioso escenario para el Drama de la Pasión. Las voces concertadas de los acólitos, respondieron con las jubilosas palabras: «Ad Deum qui laetificat juventutem meam». Y dió comienzo la misa de cuerpo presente.

En el coro estremeciendo con su soplo los vitrales de colores, resonó el órgano y luego se alzó la voz del sochantre. El chantre, en el altar, entonaba sólo ciertas palabras esotéricas y las coreaban con jaculatorias aquellos calderones y trémolos en las alturas.

Ahora imperaban solos el órgano y el cantor, adueñándose del espacio, porque el oficiante habíase sentado como en un solio, haciendo de pontifical. Entretanto los dolientes, tan modestos y sufridos bajo esa maldición del Judío Errante, que en realidad pesa desde siempre hasta nunca sobre los parias y los condena a todas las escaseces, penurias y afanes de la vida y al desamparo sin límites de la muerte, se apretujaban como un rebaño, para abrigarse un poco el alma, en esa mañana cruda y desapacible, aplastados por la indiferencia de las cosas y la magnitud sobrehumana de la liturgia. Y es que la única herencia que intacta viene transmitiéndose de padres a hijos a través de los tiempos es la humildad de la pobreza. El viudo, sobre todo, sentíase desamparado como el día de su primera

comuni3n y busc3 con los ojos a su padre y a su madre. La de la muerta, en cambio, se haba levantado para acercarse al comulgatorio donde, junto a ella, se vino a arrodillar la monjil solterona. Ambas comulgaron contritamente.

—Ite misa est.

—Deo gratias!

Entonces los monagos despojaron al sacerdote de la casulla, endos3ndole una abrumadora capa pluvial negra bordada en realce, y cubierto con el birrete, encuadrado por dos ciriales, se acerc3 al t3mulo, para salmodiar las oraciones de ritual; aspergi3 con el hisopo de la caldereta y, tomando de la naveta incienso y ech3ndolo en el incensario, incens3 todo al rededor, solemnemente, entre el sobrecogimiento de los fieles. Arriba, la voz del sochantre, respondi3 con imprecaciones a sus invocaciones.

A una discreta seña del sacrist3n, empezaron a quitar las flores y el cad3ver fu3 transportado en un carrito con ruedas hasta la puerta lateral, la de los funerales de segunda y tercera clase. La mampara estaba de par en par abierta sobre la calle. Afuera llovía a m3s y mejor. Las campanas volvieron a tañer y a dejar. Una 3ltima aspersion y el cura abandon3 la partida, para que los m3s íntimos echaran mano del ataúd y lo condujeran hasta la carroza.

Salieron. A fin de substraerse al cortejo y separarse de la fila, Marcelo di3 un paso en direcci3n contra-

ria, aunque intimidado por la persistente mirada de la madre de Fidelia, la abuela de Marcelina.

Entonces coincidieron frente a frente con el marido, y el amante lo reconoció.

Pero el viudo, como siempre, no podía conocer a ese desconocido...

Valparaíso, del 4 al 6 de octubre de 1944.